

La escolita

Marga Sánchez

...cantamos porque el grito no es bastante
y no es bastante el llanto ni la bronca
cantamos porque creemos en la gente
y porque venceremos la derrota
...cantamos porque llueve sobre el surco
y somos militantes de la vida
y porque no podemos ni queremos
dejar que la canción se haga ceniza

Mario Benedetti

El pasado mes de Julio viajé a Colombia; estuve recorriendo una pequeña parte, aproximadamente la que se sitúa en torno al río Magdalena.

Sirva el río como metáfora del país; para los aficionados a las buenas lecturas, será conocido por ser en él donde **Gabriel García Márquez** ambienta su *El amor en los tiempos del cólera*, una preciosa novela de amor. Para muchos colombianos es el cauce de muy graves problemas, y el punto de referencia para lo que el gobierno llama zona roja.

En algunos lugares de este río hay bolsas petrolíferas, que son explotadas por una sociedad estatal –Ecopetrol–, la cual se haya en la actualidad en proceso de privatización. Los sindicatos se oponen, pues se trata de una empresa rentable, con lo que entran en conflicto con poderosos intereses privados. La represión que se ejerce sobre los sindicalistas es muy dura.

La guerra que no cesa

Es éste sólo un caso en un país oficialmente en paz, pero en el que la situación sobre el terreno, incluso las cifras oficiales (35.000 muertos anuales por violencia) muestran un país en guerra. Son circunstancias muy duras para el pacifismo, pues como me dijo un amigo en Bogotá *el adolescente medio colombiana no puede elegir entre tomar o no las armas; la opción que se le plantea es en apoyo de quién quiere cogerlas*. (Esta afirmación alude a los enfrentamientos continuos entre fuerzas del ejército y paramilitares de un lado, y guerrillas del otro).

La educación puede contribuir, al menos, a paliar problemas tan severos. En medio de lo que en ocasiones llega a ser un infierno, en circunstancias en las que cualquier idea de progreso social lleva implícito un fuerte riesgo personal, se mantienen colectivos que conciben la vida digna como un conjunto que hay que construir desde el principio. Aquí interviene la educación en ciertos valores.

Aguachica

Os voy a contar el caso que he conocido el verano pasado, que considero bastante representativo de lo que allí sucede. Lo viví en Aguachica, un municipio pequeño próximo a la ciudad petrolífera de Barrancabermeja, es decir, en el centro de una de las zonas del país más castigadas por la violencia. Tal vez el nombre sea conocido, pues el pasado mes de agosto apareció en la prensa española por el referéndum por la paz que el alcalde –reinsertado del M19, antiguo grupo guerrillero–, convocó.

Esta ciudad tiene un elevado tanto por ciento de población rural, la cual se organiza en las llamadas veredas: los campesinos, sean pequeños propietarios o asalariados, no viven en el núcleo urbano sino en las fincas (es una zona muy fértil) que se hallan diseminadas en las laderas de las montañas. En un intento de mejorar sus condiciones de vida se agrupan en cooperativas para mantener un abastecimiento de víveres y, sobre todo, un mínimo servicio sanitario y educativo.

Ultraliberalismo

Sucede que recientemente se descentralizaron estos dos sistemas básicos; el gobierno traspasó competencias a los municipios... pero no dinero suficiente. Es entonces la comunidad la que ha de encargarse de suplir con sus recursos –tan escasos– lo que el gobierno no cubre. (En la actualidad gobierna Colombia, que formalmente es considerada una democracia, **Ernesto Samper**, del Partido Liberal. Su política neoliberal está en la base de un buen número de los acuciantes problemas que soporta el país).

Volvamos a las veredas: allí los problemas se agravan –si puede decirse esto–: en esta zona del país ser campesino es, a ojos de los omnipresentes militares –y paramilitares– equivalente a ser guerrillero o encubridor de ellos. En contexto semejante, escuelas y centros de salud son nidos subversivos (creo que puede servir de ejemplo el siguiente: existe un insecto en las zonas rurales, el pito, cuya picadura produce la mortal enfermedad de la leismaniasis. Al encontrarse habitualmente en el campo, que es donde se refugia la guerrilla, la vacuna se halla en manos militares...).

En la vereda que conocí, la responsabilidad de la escuela recae sobre una joven viuda, madre, además, de cuatro hijos. Su marido –secretario del Ayuntamiento– fue acribillado a balazos en un restaurante por un grupo paramilitar. En la muy cercana base militar no oyeron nada. De esto hace ya más de un año, y el asesinato continúa impune.

Esta maestra no cobra por su trabajo; los campesinos de la vereda pueden mantener el suministro de material de la escolita, y poco más. La escuela vendría a equivaler, académicamente, a nuestros C.R.A., por cuanto acuden a ella chavales de diferentes edades, hasta que cumplen los catorce años. En ese momento deben desplazarse hasta Aguachica si desean seguir estudiando.

A la caza del adolescente

Los chicos van a diario a clase, recorren el camino desde su casa hasta la escuela corriendo, en medio de un paisaje precioso, de pura vegetación tropical... en la que pueden aparecer militares o paramilitares buscando guerrilleros.

El edificio ha sido construido por la comunidad, disponen de un aula común; el patio de recreo evidentemente es algo innecesario. Allí mismo, en dependencias situadas al lado de la clase, tiene su casa la maestra y tres de sus cuatro hijos (el cuarto pasó ya a Aguachica).

Hay pocos recursos materiales en la escuelita (que esta por otra parte enfrente del centro de salud), en cada esquina se ha habilitado un área de trabajo: lengua, matemáticas, geografía e historia y ciencias naturales. El área consiste en unas estanterías con algunos libros específicos y decoración realizada por la maestra y los alumnos.

...No escribo esto para añadir una dirección a la que enviar material sobrante (algo muy necesario en otros casos). Se trata de otro tipo de necesidad. Esta gente está luchando por salir adelante en un panorama completamente hostil. La maestra inculca a sus alumnos la educación como método para la dignidad personal. Cuando los conocí, me dio envidia su coraje. Hablando con ellos me dijeron que lo que necesitan es que su experiencia se conozca fuera del lugar, pues les sirve tanto de refuerzo, frente a la presión militar, como de ánimo para muchos otros que en Colombia, como en América Latina, tienen en cada día una lucha.